

FINAL PARA UN CUENTO

RAMIRO PUERTO

"... caminaron con pasos tímidos por el pequeño departamento y al entrar al dormitorio, tendido en la cama, hallaron lo que tenían que encontrar".

[Eso era! Siendo medianoche y sentado frente a su escritorio, Teo ejerció una presión casi imperceptible en su mano derecha —la que sostenía la lapicera— y un pequeño punto azul apareció al lado de aquella frase. El punto final. Acababa de terminar ese maldito cuento, cuya elaboración le había hecho pasar varias noches en vela. Sin embargo, su esfuerzo estaba siendo recompensado. Al fin había dado con la frase perfecta para concluirlo.

Apoyándose contra el respaldo de la silla, estiró los brazos intentando desperzarse y luego encendió un cigarrillo para aspirar una profunda bocanada, que exhaló con un largo suspiro. A través del humo gris contempló las hojas manuscritas colocada sobre la pequeña mesa de trabajo y no pudo evitar que la satisfacción se dibujara en su ya relajado rostro.

Teo experimentaba el placer ambiguo del trabajo terminado. Esa sensación de que aquello que había sido un galimatías en su mente era ahora algo que sólo esperaba que alguien lo leyera para transmitir todo su sentido. Resulta extraño, y también muy difícil, explicar todos los procesos —tanto físicos como mentales— por los que atraviesa una persona durante lo que podríamos llamar el "acto creador". Los artistas pasan por gran cantidad de estados emocionales, que van desde el fracaso hasta el egocentrismo más exacerbado.

Así, encontramos un proceso extremista, en el cual, en el caso concreto de la literatura, el escritor camina por una finísima cuerda floja, rumbo a lo desconocido, intentando percibir el ritmo interno que le dicta la propia historia, escribiendo y reescribiendo, para que de la confusión y las tachaduras surja algo inteligible. La búsqueda de algo digno de ser leído y elogiado, una inclinación al masoquismo con el fin de obtener reconocimiento y llegar al placer de la creación propia. Podríamos esbozar infinidad de teorías sobre el narcisismo de los escritores, su egocentrismo, su soberbia, su ciclotimia, pero estaríamos excediendo el propósito de este escrito. Sólo diremos que mientras Teo observaba su nueva obra sentía esa suerte de "orgasmo literario" al que antes nos referíamos.

Sus ojos miraban hipnotizados aquella que él acababa de crear. Era sin duda uno de sus mejores cuentos y a un acontecimiento semejante le debía corresponder algún tipo de festejo, por pequeño que fuera.

—¡Bueno! ¡Vamos a la cocina para celebrar esto como es debido! —dijo Teo en voz alta para sí mismo. Es reseñable que hablar con uno mismo o con las paredes puede ser un sustituto excelente de la atención que suelen prestar las personas a sus semejantes.

Se incorporó y fue a la cocina en busca de un bocado digno para la ocasión.

El departamento de un soltero que resuelve su problema alimentario con porquerías de restaurantes baratos no es el mejor lugar para encontrar algo que merezca llamarse comida. Esto no es una verdad absoluta, pero es al menos lo que debió pensar Teo cuando abrió la heladera. Nada. Sólo un pedazo de queso que olía a pie sucio, dos latas de paté salpicadas de un polvo verde y un mejunje sospechoso de haber sido en tiempos mejores una ensalada. No, no había nada para acompañar la botella de champagne que siempre guardaba para congratularse por sus logros literarios.

Habiendo fracasado en su intento de conseguir algo que al menos no tuviera mal olor, quiso llevar a su hermosa botella a comer afuera, pero recordó que a esas horas todas las casas de comida habían cerrado. Además, aunque alguna hubiera estado abierta, salir a la noche por su barrio constituía una actitud cercana al suicidio, y, en ese momento triunfalista, él no estaba para esas cosas.

— Nada va a perturbar este festejo. Si no podemos comer

y beber, entonces sólo beberemos— dijo Teo retomando su diálogo con los mosaicos del piso y las paredes de la cocina.

Dicho esto y tratando de borrar cualquier signo de desencanto de su rostro, tomó la botella con decisión y, luego de una serie de movimientos que habrían maravillado a un espástico, el corcho salió disparado contra el techo para luego caer en una cacerola llena de un líquido repulsivo y ocre que probablemente en otra vida había sido una sopa.

Se sirvió un vaso. Bebió un primer y pequeño sorbo, que mantuvo por unos instantes en su paladar para disfrutar del gusto seco del champagne *extra brut* en su temperatura ideal. El cosquilleo de las burbujas en su garganta, sumado al suave rocío que salpicaba sus mejillas, fueron los motivos de deleite que lo llevaron a beber todo el contenido de un solo trago.

Esta situación le provocaba a Teo una felicidad casi inexplicable, y, mientras bebía el segundo vaso, una sonrisa radiante se adueñó de su cara: Estaba festejando su ciento número cuarenta y nueve. ¡Sí! Un ciento más y habría llegado a la meta que se había propuesto hace tiempo. Teo llevaba años escribiendo sin parar, aprovechando el poco tiempo del día que le dejaba la odiosa oficina en la cual trabajaba y también robándole algunas horas a la noche, aun a costa de las inevitables ojeras de la mañana siguiente. ¡Todo ese sufrimiento para desarrollar su placer por la escritura y para huir de la existencia que el destino le había reservado! Su plan era el siguiente: cuando llegara al ansiado número cincuenta comenzaría a visitar a editores y a enviar sus escritas a concursos literarios. Quizás un tanto ambigua, pero esa era su meta y, si bien el ambiente era tan angelical como el de la mafia, estaba seguro de que un escritor tan creativo y revolucionario como él —la modestia no era una de las virtudes de Teo— terminaría triunfando tarde o temprano.

Teo ya iba por su tercer vaso y las comisuras de sus labios subían aún más. Acababa de recordar las críticas literarias de sus amigos y compañeros de trabajo al leer sus cuentos: que su estilo parecía O. Henry, que tal frase recordaba a Bierce, que ese tema era kafkaiano, que escribía tan formal como Lovecraft... ¡Pobres ilusos! ¡Acaso no sabían que todo buen escritor tiene que recurrir a distintas fuentes para lograr un estilo propio? Pero... ¿Qué podría esperarse de gente simple que carece de todo sentido artístico? Era lógico

que al ver a una persona con talento sintieran envidia y trataran de destruirla; acabando con ese individuo ellos dejarían de hacer comparaciones molestas y podrían seguir sobrellevando su mediocridad.

Las bebidas espirituosas no sientan muy bien si no se ha comido previamente. Teo nunca se había caracterizado por tener una gran cultura alcohólica y, si tenemos en cuenta que con tres vasos de champagne su egocentrismo y soberbia habían alcanzado proporciones megalómanas, quizás no resulte tan difícil entender todo lo que ocurrió una vez que se hubo servido el quinto y último vaso.

—¡Salud!— gritó Teo a la pared mientras levantaba el brazo derecho para brindar —cuando sea famoso y tenga mucho dinero voy a poder brindar en copas de cristal en lugar de estos vasos de porquería... ¡Y voy a ser muy famoso! Mis amigos no me comprenden... ¿Y qué? ¿No fue acaso Poe un incomprendido?—.

Su voz era carrasposa y balbuceante. Ahora, el champagne se había acabado y durante la hora y media siguiente Teo, presa de un interesante ataque de locura etílica, estuvo hablando con las más diversas cosas. Así, el marco de la ventana se pudo enterar de lo mal que andaban sus relaciones con el señor Lainez, su jefe; la tabla de planchar recibió una lección gratuita sobre el arte de escribir; un viejo tocadiscos conoció la terrible angustia que sentía Teo viviendo en piezas de alquiler, y, finalmente, una reproducción de Magritte tuvo que aburrirse escuchando una disertación soporífera sobre lo maravillosas que eran sus obras.

Sobre este último tema, ya un tanto reiterativo, Teo estaba en verdad obsesionado. Era tal su excitación que le preguntó a un armario si quería oír el final de su último escrito, al cual consideraba perfecto. De esta manera, tomando el silencio del mueble como una afirmativa, decidió cumplir con sus deseos y comenzó a leer. Una voz alta y quebrada repercutió por las paredes de la vivienda:

—... caminaron con pasos tímidos por el pequeño departamento y al entrar al dormitorio, tendido en la cama, hallaron lo que tenían que encontrar:—

En ese instante, se produjo un cambio extremo y en algún lugar de su mente aquella frase le pareció extraña. Había algo en ella que no estaba bien; algo que, sin saber con exactitud qué era, sonaba falso, forzado.

Ante esta percepción, Teo volvió a leer la frase y comprendió que el final, tal como estaba escrito, no le satisfacía. Ese "hallaron lo que tenían que encontrar" le resultaba redundante, además de ambiguo. No, él quería algo más concreto, una oración que no exigiera al lector imaginar lo que faltaba. Un cerebro con su capacidad intelectual apestando a alcohol pensaba en no forzar el intelecto de lectores sobrios; aquel final era hueco, sin contenido y él deseaba algo muy llamativo, un final que se clavara en los más oscuros temores de quien lo leyera. Tendría que reescribirlo.

No hay nada que impulse más a un escritor que el hecho de terminar su obra.

Sin perder tiempo, totalmente mareado y dando tumbos contra las paredes, llegó casi por inercia a su silla de trabajo y se volvió a sentar frente al escritorio. Quería sacarse de encima aquel problema para que su borrachera triunfal no se viera opacada. De nuevo, la estilográfica cobró vida y deslizó su noble sangre azul a lo largo de una hoja blanca. Al cabo de un rato un nuevo final había sido escrito con una caligrafía digna de un psicópata.

"... caminaron con tímidos pasos por el pequeño departamento y, al entrar al dormitorio, todos quedaron perplejos. Una expresión muda de terror apareció en sus rostros: acababan de encontrar un cadáver."

Miró el nuevo final y no le gustó: no, él quería algo narrado en la forma más terrorífica posible. Además, ¿por qué diablos había utilizado los dos puntos? ¡El siempre había odiado ese recurso!

Retomó la escritura en medio de un ataque de alcoholismo literario. Por unos minutos la lapicera se movió bruscamente en un intento por seguir a la torpe mano de su dueño.

"Luego de derribar la puerta entraron al departamento. En ese instante, el olor a putrefacción fue insoportable. Corrieron desesperados hacia el cuarto y allí encontraron un espectáculo macabro. Tendido en la cama estaba el cuerpo corrompido. Su color era grisáceo y en el brazo izquierdo, estirado con la palma de la mano hacia arriba, pudieron observar una gran cortadura a lo largo de la vena del antebrazo. La sangre que cubría la herida era ahora una costra oscura que también manchaba parte del piso. Un líquido viscoso —los fluidos corporales— era absorbido por la manta que

rodaba al cadáver. Alguien señaló la pequeña hoja de metal que, solitaria y brillante, estaba apoyada en la mesa de luz.

— ¡Dios mío, esto es horrible! —se oyó decir a alguien.”

Lovecraft, James, Stoker y Poe no vieron afectada su supremacía en el cuento de terror; es más, ninguno de ellos quiso levantarse de su tumba. Teo leyó el nuevo final y su apasionamiento se convirtió en enojo. Todavía con un cerebro embebido en champagne, se puso de pie y profirió una serie de alaridos incoherentes contra él y contra lo que acababa de escribir. Analizados estos exabruptos creemos estar en condiciones de afirmar su significado: tanta descripción morbosa no hacía sino diluir el final abrupto con el que ansiaba deslumbrar a sus lectores; en cuanto a la línea final de diálogo, era una excelente demostración de los peligros de la cursilería.

Después de patear cuanto mueble se cruzaba en su camino, y ya un poco más calmado con ese desquite, Teo volvió a escribir.

“... caminaron por el departamento dando pasos cortos, como no queriendo perturbar el sueño de alguien. En realidad, en ese lugar ya no existía nada que pudieran perturbar”.

¡No! era confuso y además la palabra “perturbar” se reiteraba. Escribió otro final:

“Entraron al departamento y al llegar al dormitorio supieron que había ocurrido lo peor”.

Y otro:

“...al entrar al departamento encontraron a su ocupante con la piel un tanto oscurecida”.

Un final, después otro, y luego otro y otro... Una larga seguidilla y, con cada nueva versión, un punto más de adrenalina en su sistema nervioso. Poseído por los espíritus de cinco vasos de champagne, Teo siguió escribiendo y en sólo un par de horas estuvo rodeado de decenas de hojas con distintos finales —incluyendo uno muy imaginativo según el cual el cadáver no era un cadáver sino un extraterrestre dormitando— pero ninguno lo satisfizo.

Una gran ansiedad lo dominaba. Nunca le había resultado tan difícil terminar un cuento. El alcohol suele afectar de muy diversas formas y a Teo le había generado una obsesión desproporcionada por el perfeccionismo. Las sillas y el inodoro ya no hablaban, la fase surrealista de la borrachera ya

había pasado y, ahora, Teo atravesaba la etapa violenta. Una violencia contra sí mismo, contra sus pensamientos. Nada le conformaba. Todos los intentos realizados por terminar su obra cuadragésimo novena parecían destinados al fracaso.

Los minutos pasaron con lentitud como las moscas que vuelan persistentes en una habitación y al fin, ya con el cerebro más despejado, decidió releer todo el cuento. ¡Esa era la solución! Volver a leer el relato para percibir su cadencia y lograr un final acorde con él, algo que satisficiera el egocentrismo de su autor.

Se sentó en un sillón y comenzó a leer.

Al cabo de un rato, aquello que le había parecido una idea brillante fue sólo un engranaje más dentro de un proceso que se venía gestando de manera implacable. Envuelto en su mortaja de perfeccionismo, Teo no logró sumergirse en los climas de la narración; nada de eso, sus ojos se habían convertido en dos cristales que únicamente detectaban errores. Los párrafos eran leídos y releídos sólo para buscar una nueva manera de redactarlos y, de esta forma, encontrar nuevos defectos. Teo leía y no podía salir de su asombro. ¡Un pretencioso cuento fantástico con intentos fallidos de humor negro y lleno de errores! ¡Eso era lo único que había logrado!

Así, los que antes habían sido considerados como hallazgos de una obra maestra, ahora eran sólo elementos que estorbaban: aquel experimento con frases fuera de contexto para hacer más entretenida la lectura sólo lograba confundir. ¡Y la vuelta que quiso dar a la trama utilizando esas frases! Era algo tan visto que Teo se sintió asqueado. Una total falta de originalidad; pero quizás lo peor era la teoría pseudo psicológica sobre el arte que había puesto en el cuarto párrafo, al comienzo del cuento. No sólo era pretenciosa, sino que además no servía para nada excepto para romper el desarrollo del texto.

Ritmos alterados, uso excesivo de los dos puntos que tanto odiaba, cacofonías, incongruencias, demasiados adjetivos... Un sin fin de errores que harían las delicias de la úlcera de un escritor.

Teo solicitaba por el fracaso que él mismo había provocado. Sus ojos irritados miraban hojas pobladas de tachaduras y frases escritas entre líneas cuando, de pronto, una preocupación aún mayor se abrió paso en su cuerpo: ¿Y sus otros cuentos? ¿Y si también los había idealizado? La incertidum-

bre recorrió su ser como un cuchillo afilado. El miedo era algo frío que se clavaba en su pecho, pero sin embargo Teo decidió arriesgarse, por lo que, acto seguido, buscó todos sus escritos por diversos lugares de la casa. En cuestión de minutos una pila de papeles de medio metro de altura se formó en su escritorio, lista para ser leída.

A una persona que se encuentra al borde del colapso se le deben suprimir todos aquellos factores que lo llevaron a esa situación o que podrían agravarla. Teo hizo exactamente lo opuesto y el resultado se produjo de inmediato. Presa de la misma excitación que lo había llevado a despreciar su último trabajo, continuó rechazando todo lo que veía. Los efectos del champagne ya se habían disipado pero el nerviosismo que lo dominaba era una droga aún más poderosa. La angustia se fue transformando en una desesperación que se adueñaba de su cuerpo conforme los errores y la cantidad de obras leídas se acumulaban.

Leyó durante horas y todo lo que había esperado de sus relatos se hizo trizas. Durante toda la noche tuvo la horrible certeza de que cuanto había soñado desaparecía. La oscuridad comenzó a teñirse de la luz rujiza del disco que se elevaba por el Este y, poco a poco, el movimiento y los sonidos fueron resucitando a una ciudad muerta; sin embargo, nada había cambiado para Teo, quien continuó leyendo hasta el mediodía, momento en el cual se acabaron los escritos y con ellos toda su esperanza.

Ya no había nada que esperar. Aquel resurgimiento que tanto ansiaba se había transformado en cuestión de horas en una meta imposible. Todo lo leído le parecía basura. La desesperación fue un espasmo que subió por su cuerpo y le hizo dar un violento golpe contra la torre de relatos que tenía ante él. Los papeles estallaron en un torbellino blanco para después caer con suavidad sobre el piso.

- ¿Por qué? -gritó hacia la nada en un intento por buscar una explicación a su mala suerte. Se sentía solo y pensó en lo mucho que necesitaba estar con alguien para, al menos, contarle su frustración. Sin darse cuenta, escondió su rostro entre las palmas de sus manos. La tensión se acumuló en su cara hasta convertirse en brasas que ardieron en sus ojos. Sus dedos comenzaron a humedecerse, estaba llorando y no sabía qué hacer.

En un momento dado, se puso de pie sin ningún motivo

en especial. Estaba mareado. Era como si toda la fuerza de su cuerpo estuviera por abandonarlo. Secó sus lágrimas con la manga de la camisa y, mientras intentaba calmarse, giró sobre sí mismo para mirar alrededor. Todo estaba como siempre. El empapelado derruido cubriendo las paredes con sus colores chillones, los muebles viejos y astillados atacados por la carcoma, los almohadones agujerados y perdiendo su relleno por toda la casa. Sí, todo era igual, excepto la apreciación que Teo sentía por esas cosas. Aquello que antes sólo había sido el panorama molesto que debía soportar hasta que vinieran épocas mejores; ahora, en cambio, eran los signos de una existencia sin brillo, de la vida insostenible que siempre lo había acompañado y que seguiría con él hasta el fin. Pensó en el destino, aquel que hubiera escrito la porción correspondiente a su vida no era más que un sádico. Un individuo despreciable que se regocijaba condenándolo al sufrimiento tal como él lo había hecho con los personajes de sus relatos. La historia de su vida era tan grotesca que se podía prestar perfectamente para un cuento. Sí, un cuento terrible y al mismo tiempo cínico que se burlara de él, de su soberbia y...

La vibración metálica de una campanilla se extendió por la habitación interrumpiendo sus cavilaciones. El teléfono.

—¡Hola, hablo con la casa de Teodoro F? — dijo una voz grave y seca apenas Teo descolgó.

— Sí... él habla. —

— ¡Ah, es usted? Escuche F, ya van tres veces en el mes que falta al trabajo sin justificación. Sólo llamo para decirle que acabo de resolver que le den diez días de suspensión sin goce de sueldo. (Y no se atreva a faltar de nuevo o lo despiden)!

— Pero... ¡Espere, por favor! — exclamó Teo, pero en el auricular sólo se oyó un sonido sordo. El señor Lainer acababa de cortar.

Ya todo había sido dicho.

Su rostro se transfiguró en ese momento. Totalmente calmado fue al baño y allí extrajo de su máquina de afeitarse una pequeña y afilada hoja. Después, tranquilo, fue a su cuarto y se sentó en la cama. Miró por unos instantes la pieza de metal que sostenían los dedos de su mano derecha y sonrió.

Pasó un mes y nadie tuvo noticias de Teo. Pudo ser desde el trabajo, quizás un amigo preocupado, o a lo mejor algún

vecino molesto por el mal olor que surgía del departamento; el hecho es que alguien llamó a la comisaría. La puerta fue derribada y entonces se vieron infinidad de papeles diseminados por todo el suelo del living, como un manto de nieve. Con gran expectación, los policías y algunos vecinos caminaron con pasos tímidos por el pequeño departamento y al entrar al dormitorio, tendido en la cama, hallaron lo que tenían que encontrar.